

mueve, arrastra; pues bien, que este de que voy hablando quiera, con la altisonante arenga, arrastrar en pos de sí á sus oyentes á reñir empeñada batalla, y verá cómo queda solo, y su auditorio riendo de la candidez con que pudo creer que los aplausos dispensados á la palabra vacía habían de igualarse con aquellos, quizá ménos ruidosos, dispensados á una idea grande, expresada con acierto, con exactitud y con belleza. Esto es elocuencia; para lo otro tiene una frase hecha el castellano: aquello es *hablar por hablar*.

Produce más utilidad y deleite oír cómo dulcemente gorjean los ruiseñores en la enramada, y cómo, al cruzar por ella, con manso ruido gime el viento mientras le saludan temblorosas las hojas de los árboles y sus copas se mecen con movimiento blando y suave; y rompiendo su cristal en perlas, se arrojan desde lo alto las cascadas, y bordan la pradera los alegres y fresquísimos arroyos. El orador vacío nada dice al alma humana; y por el contrario, los trinos de las aves y el rugido de las fieras, el bramar de los vientos y el dulce susurro de la fuente, y del arroyo y del río, y las olas encrespadas de alborotada mar, componen un himno sublime al autor de todo lo criado. Entonces el alma se eleva desde la contemplación de las cosas que oye y ve, á las que no ve ni oye, y que realmente son; el corazón, lleno de amor y de agradecimiento, se rinde á adorar al autor de todas las cosas visibles é invisibles, dóblase involuntariamente la rodilla, y salta del pecho regenerado enardecida la voz humana á celebrar las glorias de Dios, criador y conservador providente del universo.

La fe es precisa, indispensable á toda criatura humana; pero más que á nadie al orador, al poeta, al artista. Por eso no merecen tal nombre, ni producen obras de arte verdaderas los incrédulos. Contemplad al verdadero artista: ale-

gre cuando ha visto el ideal de una obra, se entristece conforme adelanta en ella; y al terminarla, el mundo aplaude, y él está descontento, porque no ha podido hacer con sus manos ó con su palabra todo aquello que adivinó, y vió, y contempló en el instante de la inspiración divina; porque el cuerpo no sabe realizar todo lo que el alma siente ó presiente; porque el alma, desterrada del Cielo, aspira al Cielo, y los grandes artistas consiguen entreverle. El cuerpo, cárcel estrecha, no alcanza á tanto; la bestezuela de la carne limita los horizontes del poeta y del artista; y mientras el alma forcejea por subir hácia lo alto, el cuerpo miserable se desploma hácia la tierra. En esta lucha, el gran artista sube lo bastante para asombrar al mundo, pero nunca todo lo que su alma había concebido; porque al ir á realizarlo, se encuentra el alma desterrada y prisionera.

Ahora bien, el arte por el arte, no es sino el *realismo*, como ahora se dice: el cual, definido por sus apologistas, consiste «en que los hombres, desprendidos del mundo sobrenatural y viviendo en el mundo real, quieren contemplar, no ideas ni símbolos, sino personas y cosas; porque ellas no son un signo al través del cual se manifiesta el pensamiento místico, sino que tienen valor y belleza de por sí, y la mirada se fija sobre las cosas reales, tales como ellas son, con tal de estar bien copiadas é imitadas, sin que las abandone un punto para pasar adelante ni pensar más allá.» O sea, como dice un gran orador cristiano, «supresión del *más allá*; las perspectivas de lo ideal, cerradas á la contemplación y á la expresión de los artistas.» Es decir, obras para los ojos, para los sentidos groseros y deleznales, no para el alma nobilísima é inmortal.

Pues, ante todo, el que imita así á la naturaleza, no piense que la imita exacta y completamente; por el contrario, la envilece y la mata. No quiero yo, ni quiere na-

die, que las artes y las letras prescindan del mundo real; pero queremos que no se prescinda de lo ideal, de lo sobrenatural que late y palpita en lo real. Quien no lo sienta latir y palpitar, no es artista ni poeta.

En segundo lugar, yerra el que da nombre de artista al servil imitador de la naturaleza: las artes no se limitan á imitar, sino que aspiran á interpretar la obra de Dios á los ojos de la muchedumbre. Así como saliéndose del cuerpo caduco el alma inmortal, la materia se corrompe, del propio modo en prescindiendo de lo ideal, en no viendo en el mundo á su criador, no se interpreta, se copia; no se pintan cuadros, se hacen fotografías á todo lo más; flores de un día, gustosas de ver á la mañana, marchitas y deshojadas á la tarde.

Mas con esto, sólo habríamos de lamentar la pérdida de las artes: pérdida inmensa, incalculable, deshonrosa, tremenda; pero que al cabo, por sí sola, no traería la fin del mundo. Mas ahí no pára el daño: el daño consiste en que el realismo en las artes, corresponde fiel al materialismo en la ciencia; el daño consiste en que el realismo de las artes y el materialismo en la ciencia, son el sensualismo en la sociedad; y las sociedades que caen en el sensualismo, están á la puerta de la barbarie, y á disposicion del primer conquistador que se digne castigarlas. Un pueblo que pase treinta ó cuarenta años danzando el *can-can*, no solamente en sus bailes de gente perdida, sino en sus dramas, en sus novelas, en sus canciones, en sus cuadros, y hasta en sus edificios, y creyéndose civilizador se entretenga en pasear por el mundo su literatura realista, materialista y sensualista, no hay duda, caerá vencido y humillado ante el primer enemigo que con cualquier pretexto le invada. Ese desventurado pueblo se hallará sin fuerzas para defenderse noble, varonil y heróico; verá caer los

muros de sus fortalezas al simple rumor de las trompetas de sus invasores, aunque no sean estos, ni con mucho, el pueblo de Dios; verá sus meretrices bailar el *can-can* al compas de las músicas extranjeras, á sus avaros contratistas suministrar víveres y provisiones al extranjero enemigo, y buscará su salvacion por el momento en las arcas repletas de sus hijos degenerados.

¡Dichoso mil veces ese pueblo, si contrito vuelve sus ojos hácia Dios, y le desagravia confiando en su Providencia! ¡Infeliz de él, si insensato busca de nuevo los placeres en la contemplacion de la materia deificada, y se venga de su invasor enseñándole las muecas del *can-can*! Si esto hace así, que se prepare á ver abrasados sus edificios soberbios, derruidos sus monumentos insignes, asolados sus feracisimos campos; y no por fuego del Cielo, sino, para mayor ignominia y para escarmiento más terrible, por fuego brotado del infierno, propagado por demonios disfrazados de hombres y mujeres, y mantenido con petróleo. Si la sociedad, con la enseñanza de sus filósofos, con los acordes acentos de sus poetas, con la maravillosa y electrificadora palabra de sus oradores, y con la deleitable seducccion de las artes, formando un himno magnífico y universal, levanta su corazon arriba, sobre ella como benéfica lluvia derrama Dios sus misericordias. Si persiste en el camino de la perversion, y todo espíritu se materializa, y todo corazon se mancilla, la hora se acerca, el castigo está próximo; los festines se suceden, la literatura realista se multiplica, las artes paganas se embrutecen, el cielo se encapota, la tierra se anega, y desquiciado el mundo, vuelve al estado salvaje.

Estos son los frutos del materialismo en la filosofía, del sensualismo en las costumbres, y del *realismo* en las letras y en las artes.

Pero ¿qué culpa tenemos nosotros, dicen los artistas, de que sea el mundo así? La sociedad influye en nosotros, y nos obliga y nos fuerza; dando gusto al público, nos aplaude, y con el aplauso, de suyo agradable y gustoso, vienen pocos ó muchos los medios materiales de sustentar la vida. Con esto nos contentamos en España; en Francia es otra cosa: allí se enriquecen los escritores que siguen el corrompido gusto del público, y riéndose de la multitud, exclaman:

El pueblo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Apresúrome á confesar que, en parte, no les falta razon á los que de esta manera se defienden. Dicen bien, en cuanto aseguran que así se logra mayor ventaja material y positiva; dicen la verdad, en cuanto afirman que los éxitos colosales, espléndidos, beneficiosos; que las repeticiones á centenares de dramas inmorales y las ediciones á docenas de novelas pestíferas, se obtienen dando placer al gusto depravado del público, influido previamente por máximas que no han nacido en las letras ni en las artes. Pero ¿en qué quedamos? ¿Sois artistas, ó jornaleros? ¿sois poetas, ó mercaderes? Si quereis entrar en el gremio de los comerciantes, no habéis, por Dios, no habéis de vuestra *mission* ni de vuestro *sacerdocio*. Hablad de vuestra industria, hablad del mostrador, matriculaos en el tribunal de comercio; pero no os llameis poetas ni artistas. Contentaos con unas cuantas pesetas, ó con muchos pesos duros, y renunciad á los laureles inmarcesibles de la inmortalidad.

Tambien tienen razon, si dando en su defensa un paso más, exclaman: bien está, cierto es, viciados están nuestros entendimientos, pero no la voluntad. Respirando per-

petuamente un aire corrompido, se dañan nuestros pulmones: devoramos el aire emponzoñado de la sociedad, y devolvemos con creces, sin saberlo y sin quererlo, lo que hemos respirado. ¿Cómo se vive entre aguas estancadas sin padecer de fiebres perniciosas? Si nuestros ensueños son calenturientos, es porque la sociedad en que vivimos es pestilente. Sanead el aire, purificad la atmósfera, y nos hallareis curados: nuestras producciones corresponderán al aire puro, al alimento sano, y devolveremos al pueblo, en libros verdaderamente bellos, y por lo tanto morales, las enseñanzas saludables que recibamos. Pero vosotros, añaden los poetas y los artistas; vosotros, gobernantes, vosotros, filósofos, vosotros, hombres de mundo y de sociedad, vosotros nos inficionais, nos corrompeis, y despues lanzais sobre nosotros sangrientos anatemas porque popularizamos, por medio de obras de arte, entre vuestras esposas, vuestros hijos, vuestros colonos y vuestros criados, aquello mismo que de vosotros aprendimos. ¿Qué hemos de pintar sino lo que presenciamos? ¿Qué hemos de retratar y describir sino lo que vemos? Y puesto que lo que vemos nos lo poneis vosotros delante de los ojos, sed justos, no nos saqueis á la vergüenza, miraos al espejo, y vereis que sois tan feos y deformes como los retratos que hacemos de vosotros.

Cierto; no hay duda, en todo ello les asiste gran parte de razon á dramaturgos, novelistas y pintores:

Todos en Él *pusimos* nuestras manos.

Pero tienen alguna razon, gran parte de razon; no razon completa. Ya se dijo en otra ocasion solemne en esta misma Academia: si no podeis, ó no os atreveis á robustecer con vuestras obras el principio de autoridad en pontífices,

reyes, padres ó maridos; si no acertais, porque oscurece la vista la niebla densa que os rodea, y están falseadas las nociones de virtud y de vicio, á pintar el vicio siempre aborrecible y deforme, y la virtud ciñendo la merecida corona, renunciad, al ménos por ahora, á ser trascendentales; sed siquiera inocentes. «Vuelvan las musas á morar en regaladas florestas, con su gracioso antiguo continente, ceñida de flores la cintura; dejen de andar á pié y descalzas, desaseadas y en cabello por esas calles, y tornarán á ser queridas y respetadas» (1).

¿No podeis nadar, poetas y artistas, contra las corrientes que hoy arrastran al género humano? Pues escuchad el sano consejo que os da un orador eminente en bellísimas palabras: «Yo os lo conjuro en nombre de la literatura y del arte, en nombre de su dignidad y de la nuestra; dejad, dejad caer sobre esas bárbaras tentativas que alcanzan éxitos prodigiosos, tesoros de indignacion valerosa y de generosa cólera: azotad, azotad, y para la mayor gloria de la verdad, de la virtud y del arte, arrojad del templo de las artes á los profanadores de la belleza.—¿No podeis? ¿no osais? Pues ¿por qué y para qué existís? ¿por qué ni para qué llevais el nombre hermoso de poetas, de oradores y de artistas, que á tanto os obliga, si es solamente para seguir las corrientes de depravacion que arrebatan al género humano? ¡Ah! si no teneis otro objeto que precipitar nuestra caida, dejadnos; romped vuestras plumas, destruid vuestros pinceles, destrozad vuestros buriles: no seais cómplices de nuestra caida con vuestras obras: el peso de nuestros errores y de nuestras costumbres basta para hundirnos en el abismo.»

Pero esas palabras son sospechosas; son de un enemi-

(1) Discurso de recepcion del autor de esta respuesta.

go del progreso y de la civilizacion moderna; son de un ultramontano; son de un Jesuita. Pues bien, escuchad; oidlas de un académico que las ha puesto en verso. ¿Direis que es ultramontano el Sr. Nuñez de Arce? Pues oidle:

¡Todo se anubla, todo
Choca, todo está herido!
Pide estragado el arte
Su inspiracion al vicio,
Y entre el alegre estruendo
De infames regocijos,
La sociedad oscila
Sobre el oscuro abismo.
¡Poetas! hasta tanto
Que la borrasca pase,
Colguemos nuestras arpas
De los llorosos sáuces.
Tal vez cuando la tierra
Nuestros despojos guarde,
El viento las sacuda,
Y vibren, giman, canten (1).

Ya lo veis: Nuñez de Arce es poeta, y cuando quiere cantar, en vez de hacerse cómplice de los infames regocijos que nos embrutecen, aniquilan y deshonoran, protesta valientemente y hace coro, con inspirados versos, á las inspiradas palabras del elocuente Jesuita.

Y dice más nuestro compañero cuando habla como poeta, que es cuando ve la verdad, inseparable hermana de la belleza, aunque el vulgo piense lo contrario:

Cuando la poesía desfallece
Y cual ébria bacante desceñida
Se revuelca en el fango, y se envilece;
Cuando la muchedumbre descreida,
En torpes espectáculos apura

(1) Nuñez de Arce.—*Gritos del combate*, 1875, págs. 116 y 117.